
LIBROS ANTIGUOS

EN LA UNIVERSIDAD DEL VALLE

Alfonso Rubio



Universidad
del Valle

Programa Editorial



Universidad
del Valle

Programa  ditorial

LIBROS ANTIGUOS EN LA UNIVERSIDAD DEL VALLE



Colección Institucional

Rubio Hernández, Alfonso, 1964-
Libros antiguos en la Universidad del Valle / Alfonso
RubioHernández.-- Cali: Programa Editorial Universidad del Valle, 2014.
560 páginas; 28 cm.-- (Colección Artes y Humanidades)
Incluye bibliografía
1. Universidad del Valle - Colecciones de libros 2.Libros
3.Libros antiguos 4. Comercio editorial- América Latina I. Tít.
II. Serie.
090 cd 21ed.
A1438571

CEP-Banco de la República-Biblioteca Luis Ángel Arango

Universidad del Valle
Programa Editorial

Título: *Libros Antiguos en la Universidad del Valle*
Autor: Alfonso Rubio Hernández
ISBN: 978-958-765-101-0
ISBN PDF: 978-958-765-799-9
DOI: 10.25100/peu.288
Colección: Institucional

Primera Edición Impresa abril 2014
Edición Digital julio 2018

Rector de la Universidad del Valle: Édgar Varela Barrios
Vicerrector de Investigaciones: Jaime R. Cantera Kintz
Director del Programa Editorial: Omar Díaz Saldaña

© Universidad del Valle

Diseño y diagramación: Julieta Ruiz Sinisterra y Oscar Javier Echeverry Rodríguez
Fotografía: Selene García Calán y Luis Fernando Herrera
Comentarios a los libros: Alfonso Rubio Hernández y María Alejandra Rincón Martínez

Este libro, o parte de él, no puede ser reproducido por ningún medio sin autorización escrita de la Universidad del Valle.

El contenido de esta obra corresponde al derecho de expresión del autor y no compromete el pensamiento institucional de la Universidad del Valle, ni genera responsabilidad frente a terceros. El autor es el responsable del respeto a los derechos de autor y del material contenido en la publicación (fotografías, ilustraciones, tablas, etc.), razón por la cual la Universidad no puede asumir ninguna responsabilidad en caso de omisiones o errores.

Cali, Colombia, julio de 2018



LIBROS ANTIGUOS

EN LA UNIVERSIDAD DEL VALLE

Alfonso Rubio



Colección Institucional



**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**



Contenido

| | |
|---|------------|
| Presentación | 9 |
| Cap.I | |
| Introducción | 13 |
| Cap.II | |
| El libro como objeto de estudio | 21 |
| Cap.III | |
| El embarco de libros hacia América y su comercio | 35 |
| Cap.IV | |
| Libros antiguos | 51 |
| Fuentes documentales y bibliografía | 545 |
| Índice de autores | 553 |

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

Presentación

La Universidad del Valle conserva en la Biblioteca Mario Carvajal una valiosa colección de Libros Antiguos, algunos incluso manuscritos, que van desde el año de 1497 al año de 1800. Es un patrimonio cultural que la legislación colombiana considera “herencia y memoria” y que contribuye a la “construcción de la identidad de la Nación”, y en nuestro caso, hacen parte del patrimonio institucional.

Las Bibliotecas son un órgano vital en la vida de las Universidades. Sus distintas colecciones, fondos documentales y archivos son básicos para el estudio y la investigación. La divulgación de estos fondos contribuye a su función social como garante de los derechos ciudadanos de acceso al conocimiento, de allí el compromiso institucional de conservar este patrimonio histórico y cultural acompañado del interés en fomentar su conocimiento y asegurar la existencia de investigaciones futuras. La Universidad del Valle está comprometida con el enriquecimiento de los procesos de producción de conocimiento y a través del uso de estas fuentes documentales, suscitar la reflexión, despertar y avivar el sentido crítico a través de los documentos conservados en su Biblioteca Central.

El contacto directo con los libros antiguos (la observación del tipo de letra, la composición tipográfica, el tamaño y la calidad de la encuadernación, la tinta o el soporte textual; el uso de apostillas marginales, las extraordinarias ilustraciones artísticas; los añadidos posteriores de signos como exlibris o sellos, etc.) tiene una gran capacidad motivadora, pues permite la inmersión de la comunidad académica en documentos históricos y artísticos vivos como son estas publicaciones.

El libro que ahora tenemos ante nuestros ojos desea contribuir al conocimiento y disfrute de tan valioso acervo, con el fin de potenciar un patrimonio bibliográfico que acreciente la curiosidad por el pasado cimentado en bases científicas por medio de unos objetos materiales concretos como estos auténticos y maravillosos ejemplares librarios que en su tiempo dieron a conocer y representaron las mentalidades política, científica y religiosa. Hay una relación directa entre patrimonio cultural, conciencia colectiva y educación o aprendizaje. Dentro del total del Patrimonio Bibliográfico que conserva la Universidad del Valle, esta Colección de Libros Antiguos es un significativo testimonio del espíritu humano, del propósito de trascender y de preservar y socializar el conocimiento. Sólo conservamos aquello que valoramos y sólo valoramos aquello que conocemos y reconocemos su valor.

Iván Enrique Ramos Calderón
Rector
Universidad del Valle



Cap.I

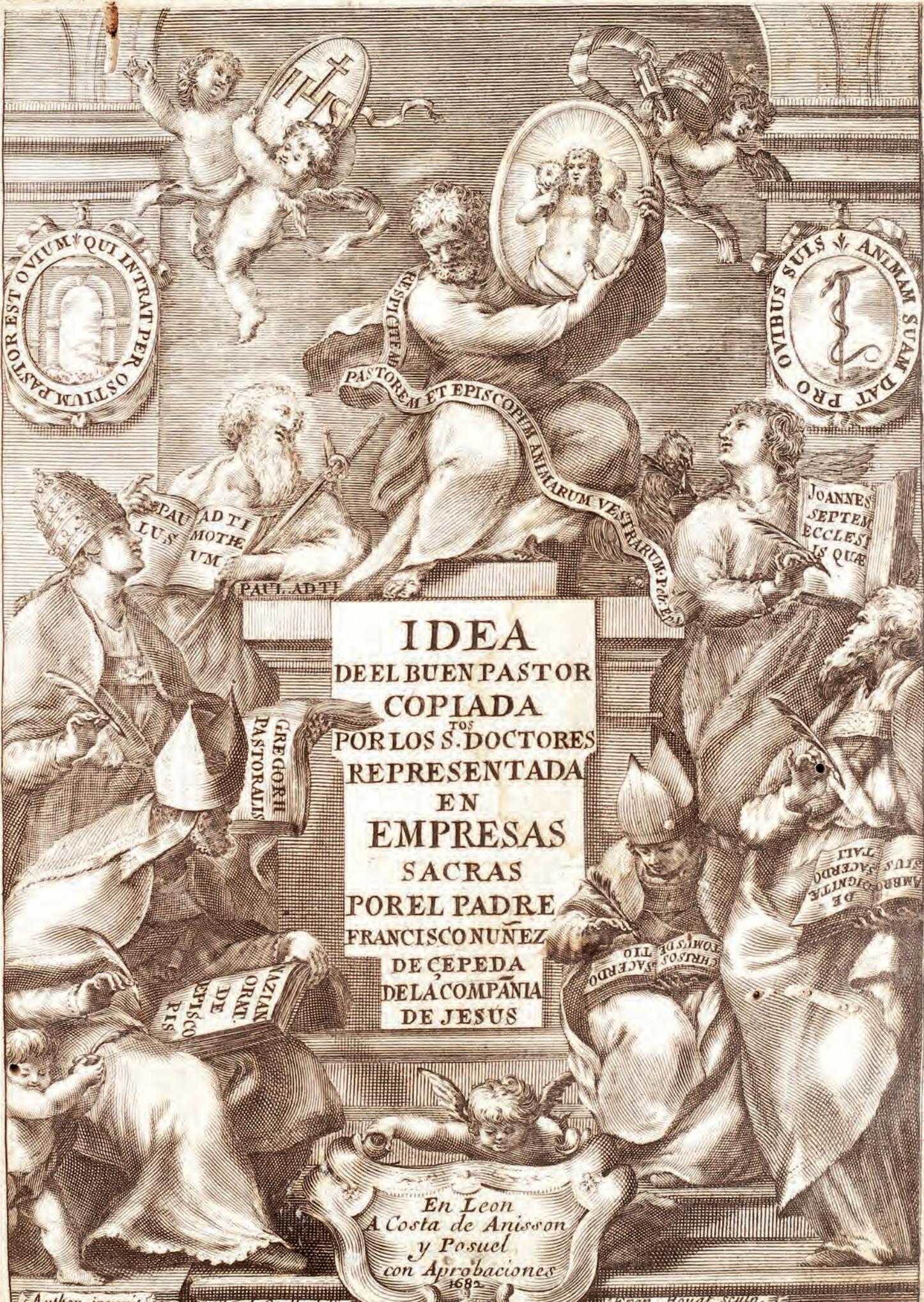
[...] vna pessada cruz que espinos guarneçían, vn manajo de mimbres rojos en púrpura teñidos, vn cilicio de azeradas puntas, algunos pocos libros, vna pequeña messa con papeles y recaudo de escribir.

Pedro de Solís y Valenzuela

[...] la Inquisición cartagenera había suspendido todas las licencias para impresión de libros y llegó al extremo de incautar, por sospecha de heterodoxia, los *Ejercicios devotos en que se pide a la Virgen su amparo para la hora de la muerte*, de que era autor el prelado español Juan de Palafox y Mendoza, ello mientras Europa se regodeaba en la lectura de alguna de las obras más picantes y atrevidas de todos los tiempos.

Germán Espinosa^[1]

[1] Solís y Valenzuela, Pedro de. *El desierto prodigioso y prodigio del desierto*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1977, p. 20.
Espinosa, Germán. *La tejedora de coronas*. Bogotá: Alfaguara, 2007, p. 316.



PASTOR EST OVIVM QUI INTRAT PER OSTIUM

ANIMAM SUAM DAT PRO OVBUS SUIBVS

RESPICIERE
PASTOREM ET EPISCOPI AMARUM VESTRARVM

PAULUS AD TI
MOTHE
UM

JOANNES
SEPTEM
ECCLESIA
IS QUAE

IDEA
DE EL BUEN PASTOR
COPIADA
POR LOS S.^{OS} DOCTORES
REPRESENTADA
EN
EMPRESAS
SACRAS
POREL PADRE
FRANCISCO NUÑEZ
DE CEPEDA
DE LA COMPANIA
DE JESUS

GREGORI
PASTORALIS

MAZIAN
ORAT.
DE
EPISCO
PIS

CHRISTO SACERDO
TOMIS DE TIO

DE
SACERDOTE
TALIT

En Leon
A Costa de Anisson
y Posuel
con Aprobaciones
1682

Introducción

La Colección de Libros Antiguos que conserva la Biblioteca Mario Carvajal de la Universidad del Valle, en la ciudad de Santiago de Cali, cuenta con un total de 231 títulos que van desde el año de 1497 (*Sanctus Thomas de Aquino super quartum librū magistri sententiar.*- [Venetijs]. [Bonetum Locatellum Bergomensem]. [1497]) hasta el año de 1800 (*Dictionarium Ælii Antonii Nebrissensis, grammatici, chronographi Regii; imo quadruplex ejusdem antiqui dictionarii supplementum...*- Gerundæ. Apud Vincentium Oliva Typographum Regium. [1800]).

Según se siga una perspectiva material, intelectual, historicista o biblioteconómico-normativa, hay diversas periodizaciones posibles para establecer una fecha que delimite el libro antiguo del que no lo es. Las fechas más coincidentes giran en torno al tránsito del siglo XVIII al XIX, momento en el que, desde el punto de vista material, se empieza a innovar en la producción y, desde el intelectual, se produce el paso del Antiguo al Nuevo Régimen. El *Catálogo de Libros Antiguos de la Universidad del Valle*, que se confeccionó para describir individualmente cada uno de los títulos que componen esta Colección, sigue los criterios habituales marcados por el límite de la fecha de 1801. Los impresos anteriores a 1801 son considerados libros antiguos y los posteriores a 1800 no^[2].

Es el *Catálogo* el instrumento que ofrece una descripción física pormenorizada de cada uno de los libros. Los datos que aparecen en sus registros catalográficos, toman dos áreas de la llamada Descripción Bibliográfica Analítica: el Área de la descripción sintética, que incluye la información referente al autor, el título y el pie de imprenta (los datos de lugar de impresión, nombre del impresor, nombre del librero-costeador y fecha de publicación); y el Área de la descripción analítica, donde se incluyen las anotaciones técnicas que hacen referencia a las características materiales del libro: formato, colación, extensión, tipo de letra, erratas en firmas, erratas en foliación y/o paginación y otras características de la presentación formal como la presencia de apostillas marginales, iniciales grabadas, distribución del texto en columnas, la utilización de tinta roja y negra, la notación musical, las anotaciones sobre materiales decorativos, y en nuestro caso, la encuadernación^[3].

El proyecto que dio origen a dicho *Catálogo* se desarrolló durante los años de 2008-2009 y contó con el interés, el apoyo y el acompañamiento continuo de la Dirección de la Biblioteca y de su equipo de colaboradores. La descripción catalográfica desveló las señas identitarias de cada uno de los ejemplares y nos permite decir que estamos ante una valiosa colección patrimonial de libros antiguos por lo que

[2] Rubio, Alfonso y Olave, Viviana. *Catálogo: Colección de Libros Antiguos de la Biblioteca Mario Carvajal de la Universidad del Valle*. Santiago de Cali: Programa Editorial de la Universidad del Valle, 2014.

[3] La metodología desarrollada para confeccionar los registros catalográficos, queda explicada en el *Catálogo* citado, que sigue para ello, fundamentalmente, el análisis de la estructura formal del libro de Fermín de los Reyes Gómez (Estructura formal del libro antiguo) y las indicaciones sobre la Descripción Bibliográfica Analítica de Yolanda Clemente San Román (Análisis, identificación y descripción analítica del libro antiguo. Las ediciones y sus variantes: emisiones y estados), que se recogen en la obra colectiva de Pedraza, Manuel José; Clemente, Yolanda y Reyes, Fermín de los. *El libro antiguo*. Madrid: Editorial Síntesis, 2003, p. 207-247 y 249-261.

representaron para las comunidades política, científica y religiosa de su tiempo. La imagen, siempre motivante, de cada uno de los textos que aquí presentamos, nos acerca certeramente al extraordinario valor histórico-cultural que esta colección posee.

Entre los 231 títulos, que hacen un total de 261 volúmenes, con seguridad sólo podemos hablar de un incunable fechado en 1500, de Gulielmus Duranti, *Rationale divinatorum officiorum*.- [Colofón: Lugduni. [Johannes de Vingle].1500]. Sin fecha indicada en el ejemplar, pensamos que la obra *Sanctus Thomas de Aquino super quartum librū magistri sententiar*.- [Venetijs]. [Bonetum Locatellum Bergomensem], es de 1497 y por lo tanto podríamos hablar de dos incunables que hacen parte de nuestra colección.

Del total de ejemplares, dos son manuscritos:

1) De Sor Maria de Jesús Ágreda, *La correspondencia que tuvo el señor Rey, don Felipe IV el Grande con la Venerable Madre Sor María de Jesús, religiosa, y Abadesa del Convento de la Santísima Concepción de la Villa de Ágreda*. Manuscritos en cuatro tomos del [Siglo XVIII].

2) De Melchor Cano, *Parecer de M. Fr. Melchor Cano, del Orden de Predicadores. Doctor Teólogo de las Universidades de Alcalá y Salamanca, Obispo de Canarias, sobre las diferencias que hubo entre Paulo IV Pont. Max. y el emperador Carlos V*. Copia manuscrita de la edición impresa en Madrid en 1736 [Siglo XVIII].

Dentro de la pequeña, aunque significativa, muestra de ejemplares que componen la colección, la aparición de estos dos significativos manuscritos da idea de lo que Fernando Bouza pretende demostrar en *Corre manuscrito*, que en el Antiguo Régimen, el manuscrito, al lado del impreso, era muy común y corría de mano en mano^[4].

Sobre el testimonio escrito del pasado contenido en el libro, se ha ido construyendo un valor cultural agregado que podría denominarse “fetichismo documental” y concede un primordial valor al producto del conocimiento más que al origen y a la función con que se crea, verdaderos representantes de la fuente histórica. El libro se crea como objeto de uso-lectura y ahora, el paso del tiempo, los ha hecho además productos históricos. A cada ejemplar de la edición se han añadido elementos externos que se han convertido en propios y caracterizadores de ese ejemplar concreto: nombres de sucesivos poseedores o signos específicos de posesión en forma de exlibris, comentarios subjetivos o críticos acerca de su lectura, añadidos de versos, citas, notas marginales, subrayados, ilustraciones, o sucesivas manipulaciones por medio de mutilaciones o reencuadernaciones. La consideración de cada ejemplar como producto histórico admite la posibilidad de considerarlo, al subrayar determinados detalles, como producto bibliotecario y como producto bibliofílico. Son esos rasgos del tiempo que permiten añadir a su noticia los calificativos de único, raro, curioso o esencial para determinada investigación^[5].

[4] Bouza, Fernando. *Corre manuscrito. Una historia cultural del Siglo de Oro*. Madrid: Marcial Pons, 2001. Bouza intenta dar cuenta de la realidad del fenómeno del manuscrito en circulación mediante la presentación general de los usos y prácticas del traslado por medio de escritores profesionales, copiadoreos ocasionales, escritorios públicos para iletrados, etc., así como de la sociabilidad que el préstamo de copias implicaba y del volumen y las características de los textos que corrían, con especial atención en algunos géneros como la literatura heterodoxa o las obras de historia y crítica.

[5] Martín Abad, Julián. *Los libros impresos antiguos*. Valladolid: Universidad de Valladolid/Secretariado de Publicaciones e Intercambio Editorial, 2004, p. 13-14. Sobre la “faceta lingüística o terminológica” que cubre la denominación “libro antiguo”, véase Parada, Alejandro E. *El dédalo y su ovillo. Ensayos sobre la palpitante cultura impresa en la Argentina* [El libro antiguo y lo conjutural. Aproximaciones con vocación latinoamericana]. Buenos Aires: Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas/Facultad de Filosofía y Letras/Universidad de Buenos Aires, 2012, p. 31-59. Alrededor de la expresión “libro antiguo” hay una multiplicidad de significados que giran en una “constelación discursiva irreducible”: fondos antiguos y raros, obras raras y valiosas, libros de reserva, Sala de Reservados o Tesoro, libros curiosos, obras antiguas y modernas, libros usados, libros de viejo, etc.

Cuando examinamos un ejemplar de una edición antigua tenemos que considerarlo, en primer lugar, como un producto tipográfico que muestra algunas características formales que debe tener en cuenta quien tome entre sus manos un libro antiguo y desee conocerlo y disfrutarlo como objeto manufacturado, como testimonio (situado en un momento concreto de la transmisión de un determinado texto), o como documento, más o menos relevante para la investigación. El objeto libro es el soporte que permite la existencia, la conservación y la difusión de un texto, y en esa relación soporte/texto nunca debe olvidarse que se trata de un producto en cuya fabricación se han empleado determinados materiales y se ha aplicado cierto arte o técnica, y que ese producto ha nacido en un preciso contexto económico para cubrir unos específicos propósitos comerciales o difusivos, que implican al autor y al editor, al distribuidor y al comprador lector^[6].

En general, en nuestra colección encontraremos, ya muy marcados, los rasgos físicos que el desarrollo de la imprenta impone a los libros en el siglo XVI, dejando constancia de cómo el escaso desarrollo de la imprenta y la producción libraria hasta el siglo XVIII en España obligó regularmente a la importación de libros desde Europa, sobre todo cuando se trataba de temas bíblicos, canónicos y de literatura latina o griega^[7].

Hasta la mitad del siglo XVI, el libro no abandona las características de la imprenta incunable. Van desapareciendo los impresores ambulantes y se consolidan los talleres fijos. Cesan los experimentos con los tipos y se impone la letra redonda en Europa, salvo en Alemania, donde se perpetúa la gótica. La decoración de los libros se enriquece



con orlas e ilustraciones manieristas y aparece el retrato del autor en la portada o en el frontispicio. Se van generalizando las portadas grabadas. Los grabados en cobre facilitan la realización de ilustraciones que propician la edición de libros de cartografía, anatomía, arquitectura o flora y fauna. El número de lectores y compradores de libros crece y su interés por la lectura es más variado. Aunque no faltan las ediciones en griego o hebreo, siguen abundando las de latín; las lenguas vernáculas van ganando espacio y se va fijando la ortografía^[8].

[6] CAÑONES PÉREZ, Mercedes. *Catálogo de libro antiguo, raro y curioso*. Málaga: Copicentro, 2006, p. 6-7.

[7] Bartolomé Martínez, Bernabé. Las librerías e imprentas de los jesuitas (1540-1767): una aportación notable a la cultura española. *Hispania Sacra*, 1988, nº 40, p. 354.

[8] Para estos aspectos formales del "libro antiguo" pueden verse las obras de Hipólito Escobar (*Historia del libro*. Madrid: Fundación Germán Sánchez Ruipérez/Pirámide, 1988); de Henri-Jean Martin (*Historia y poderes de lo escrito*. Gijón: Trea, 1999); y de Febvre, L. y Martin, H.-J. (*La aparición del libro*. México, D.F.: UTEHA, 1962).



El desarrollo de la imprenta en el siglo XVI permitirá mayor producción de libros ya con modificaciones en las técnicas y materiales de encuadernación. Comprobaremos a través de nuestra colección cómo las tapas de madera han sido sustituidas por tapas de cartón forradas de pergamino y, más tarde, los libros de uso corriente seguirán conservando su consistencia, pero sin adornos en las tapas, sólo en el lomo, que quedaba visible en los anaqueles de las bibliotecas. Se generalizan instrumentos como la plancha metálica para grabar títulos y dibujos, normalmente escenas religiosas, bustos y escudos. La rueda, con un motivo ornamental facilitaba la estampación de orlas o líneas para recuadrar la composición. En la encuadernación artística de España, de donde llegaron fabricados muchos de los textos con los que cuenta esta colección, influyeron las técnicas musulmanas (el dorado o los motivos arabescos, atauriques y lacerías), las técnicas bizantinas y las técnicas del impresor y editor italiano Aldo Manucio (1495-1515).

En cuanto a la gran cantidad de ilustraciones que podemos encontrar en el interior de los ejemplares, es necesario subrayar también el papel que desempeñó la imagen ilustrativa que acompañó al texto en las ediciones de la época, reconocerla y valorarla en sí misma. Además de contar con dos libros de empresas, (*Emblemata centum, regio política*, 1653, de Juan de Solórzano; e *Idea de el buen pastor*, 1682, del jesuita Francisco Núñez de Cepeda), ejemplares cuya función se enmarcaba en la representación de ideologías políticas y religiosas o enseñanzas morales por medio precisamente de la figuración simbólica, las ediciones del momento, bien a través de su frontispicio, bien en el interior del texto, sin olvidar nunca su sentido didáctico o ideológico-funcional, ilustraban un contexto histórico-social determinado y demostraban el empleo de unas determinadas modas y técnicas artísticas. El examen del libro antiguo permite el estudio de una concreta cultura visual y la posibilidad de dotarla de nuevas interpretaciones que vayan desde la representación presente a la experiencia significativa del pasado. La imagen es un aporte primario, un documento histórico más que desde los métodos iconográfico e iconológico propuestos para su explicación y haciendo parte de un sistema de comunicación, apoyan el esclarecimiento de significados e intenciones.

El formato de los libros dependía del contenido de la obra. Usualmente era el 8° (16cm. x 11 cm.) y, en ocasiones, un formato menor con letra menuda y abundantes anotaciones. Había una relación entre tamaño y materia y hubo formatos de edición estrechamente vinculados a determinados géneros. Los libros de mediano y pequeño tamaño se destinaban a la enseñanza (manuales, textos) o a las prácticas religiosas (breviarios, libros de horas) y, generalmente, de ellos circulaba un gran número de ejemplares.

Los exlibris permitirán reconstruir, en cierta manera, la procedencia de los libros o los circuitos de su recorrido hasta formar parte de esta colección. Exlibris que mencionan nombres particulares de sacerdotes, librerías de distintos seminarios, colegios o conventos de órdenes religiosas y escritores reconocidos, sean, en

nuestro caso, los ejemplos del huilense Julián Motta Salas (1891-1972) o el director del primer periódico del país *Papel periódico de Santa Fe de Bogotá* (1791-1796), Manuel del Socorro Rodríguez.

Las anotaciones marginales manuscritas, ajenas a la edición del libro nos mostrarán curiosidades que hacen parte de la propia historia del libro y ya de su personalidad, prácticas comunes y personales de lectura íntima o en voz alta, y hasta la censura expresa en la última página de la Biblia latina editada en París en 1545 “ex officina Roberti Stephani, typographi Regii”, que del Reino de Granada español vino a parar al Reino de la Nueva Granada americano. Con el signo de la cruz simbólica encabezando el texto de una letra procesal que firma el presentado y prior Dionisio de Sanctis, del monasterio dominico de Santa Cruz, en la ciudad española de Granada, ante el notario Fernando de Montoya, leemos^[9]:

En la ciudad de Granada a beynte y tres dias del mes de marzo de mil e quinientos y cinquenta y cinco años el reberendo padre frai Dionisio de Sanctis presentado y prihor del monasterio de Santa Cruz desta ciudad por comision de los muy reberendos señores ynquisidores desta dicha ciudad y Reino de Granada vio corrigio y enmendo esta biblia conforme a la censura del reberendo nuestro señor arzobispo de Sevilla ynquisidor general y de los señores del Consejo de la Santa y General Ynquisicion en fe de lo qual yo el presente notario juntamente con el reberendo padre lo firme de mi nombre.

Con un porcentaje aproximado del 40%, haciendo, finalmente, un balance estadístico de la colección, podemos decir que la mayoría de sus ejemplares están editados en el siglo XVI, equiparándose la cantidad con un 30% en los siglos XVII y XVIII. Como un rasgo generalizado que se dio en la Nueva Granada y en todos los territorios americanos

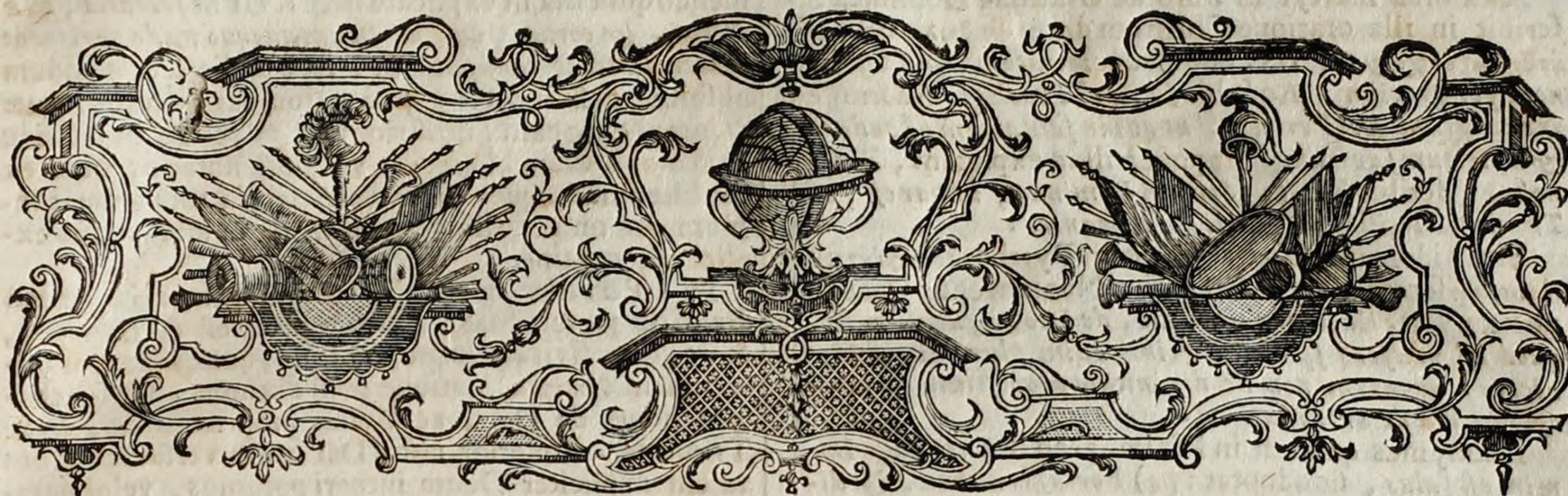
del dominio español, sobre todo durante los siglos XVI y XVII, es abrumador el porcentaje (75%) que abarca la temática religiosa y a ella le siguen las humanidades, contabilizando una muy baja estadística los títulos de temática jurídica, científica y política. El formato que sobresale es el “in cuarto” (4º: 22 cm. x 16 cm.), dejando notar su presencia el formato “in octavo” (8º: 16 cm. x 11 cm.) y el “in folio” (2º: 22cm x 32 cm.). En cuanto a la lengua, el mayor número de títulos está escrito en latín, le sigue el español y ocasionalmente aparece el italiano, hebreo, francés, portugués, griego y alemán. La mayoría de las ediciones se han impreso en España y significativamente aparecen países como Francia, Italia, Bélgica y Alemania.



El presente volumen queda estructurado en tres apartados. El primero de ellos está compuesto de una introducción explicativa y dos capítulos investigativos que tienen que ver, uno con el libro como objeto de estudio dentro de lo que podemos llamar la “nueva historia cultural” y, otro, con el embarco de libros hacia América y su comercio. El segundo apartado (*Libros Antiguos en la Universidad del Valle*) es el núcleo central del texto y concede importancia a la representación visual del libro. Siguiendo un orden alfabético dentro de la denominación más usual o conocida del autor, que generalmente responde a un orden alfabético de su apellido, aunque encabezados cada uno de los registros por “nombre + apellido”, en esta sección, junto a las imágenes testimoniales de cada uno de los ejemplares, aparece su referencia identitaria básica (autor, título, lugar de impresión e impresor) y un pequeño comentario referente al propio libro o al autor del mismo^[10]. El tercer apartado da a conocer la bibliografía utilizada e incluye un útil índice final por autor.

[9] Véase el registro nº 32: Biblia. Quid in hac editione præstitum sit, vide in ea quam operi præposuimus, ad lectorem epistola.- Lutetiae. Ex officina Roberti Stephani, typographi Regii. 1545.

[10] Por razones técnicas de conservación que impidieron su manipulación, no se incluyen 7 ejemplares, por lo que en este texto se referencian 224 del total de los 231 ejemplares que componen este fondo documental.



D I O N Y S I I
P E T A V I I



El libro como objeto de estudio

En el siglo XVI se extiende y generaliza la imprenta, esa invención que ofrece una “nueva manera de escribir”, como diría Polidoro Virgilio^[11]; se consolida la Reforma y se institucionaliza la censura de libros, reglamentando su ejercicio por medio de la publicación sucesiva de Índices de Libros Prohibidos. Estos hechos están relacionados y explican los procesos de la presencia y circulación de textos en la Europa moderna y en América desde perspectivas históricas, políticas, teológicas o literarias que necesariamente deben considerar al *libro* como objeto de estudio.

La obra *L'apparition du livre*, de Henri-Jean Martin y Lucien Febvre, publicada en 1958 estudia “la acción cultural y la influencia del libro” desde mediados del siglo XV hasta las últimas décadas del XVIII. Considerado como uno de los medios más poderosos de los que ha podido disponer la civilización de Occidente para “concentrar

el pensamiento disperso de sus representantes” y “dominar sobre el mundo”, la obra, concebida por Febvre y desarrollada por Martin, define el alcance (siendo ésta su novedad) de ese papel de dominio que desempeñó el libro, e intenta, al mismo tiempo, crear entre los estudiosos “nuevos hábitos de trabajo intelectual”^[12]. A partir de su publicación el conocimiento histórico de las formas de la cultura escrita ha alcanzado un notable desarrollo. Desde entonces, la variedad de planteamientos historiográficos sobre el “libro” y la “biblioteca”, así como sus resultados, demostraron la relevancia de plantiar nuevas preguntas y usar nuevos métodos, y pusieron de manifiesto el gran potencial que poseen las fuentes originales para contribuir a la comprensión de la historia cultural de una época que entraña una dificultad intrínseca, pues el mismo objeto de estudio es complejo de comprender desde su materialidad y sus relaciones en la historia en tanto mercan-

[11] Los ocho Libros de Polidoro Vergilio [sic], ciudadano de Urbino, de los inventores de las cosas. Nuevamente traducido por Vicente de Millis Godínez, de Latín en Romance..., Medina del Campo: A costa de Juan Boyer y Ambrosio du Port, 1586 [BNM, R-7326-ejemplar con portada errónea reconstruida], fol. 76v. Citado en Sanz Hermida, Jacobo. Bibliomanía o la librería del ignorante. En *El libro antiguo español. Tomo V: El escrito en el Siglo de Oro. Prácticas y representaciones* [Dir. Por Pedro M. Cátedra, Agustín Redondo y M^a Luisa López-Vidriero. Ed. al cargo de Javier Guijarro Ceballos]. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, 1999.

[12] Febvre, L. y Martin, H.-J. *Op. cit.*, p. XVIII y XIX (Prefacio de Lucien Febvre). En 1910, Daniel Mornet ya había publicado su conocido artículo sobre las bibliotecas (Les enseignements des bibliothèques privées, *Revue d'histoire littéraire de la France*, 17, 1910, p. 449-496) abriendo un innovador campo para la investigación histórica.

cía producida dentro de un contexto comercial y como signo cultural, soporte de un sentido que transmite el texto o la imagen y que define a la sociedad y a su poseedor^[13].

Los trabajos de J.H. Martin y François Furet y su equipo pusieron las bases de una historia cuantitativa del libro con las que todavía hoy se desarrollan rigurosos análisis para desentrañar los valores culturales de las sociedades en el Antiguo Régimen. Las décadas de los años ochenta y los noventa han supuesto una constante renovación de la historia de la cultura del impreso en Europa y Norteamérica, y en este contexto internacional sobresalen las reflexiones de Roger Chartier sobre lo que denomina las “prácticas de la lectura”^[14].

Con el apoyo de las sugerencias de Michel de Certeau (*L’Invention du quotidien*), el objetivo de Chartier como historiador es el de articular tres polos distintos bajo la asociación de la crítica textual, la *bibliography* y la historia cultural^[15]:

1. El análisis de los textos descifrados en sus estructuras, motivos y alcances.
2. La historia de los libros, de todos los objetos y de todas las formas que vehiculan lo escrito. Una historia definida por la relación entre el texto, el libro y la lectura, que comprenda cómo los

mismos textos pueden ser diversamente aprehendidos, manejados y comprendidos; y que reconstruya las redes de prácticas que organizan los modos, histórica y socialmente diferenciados del acceso a los textos, poniendo atención particularmente en las maneras de leer y teniendo en cuenta que no hay texto fuera del soporte que lo da a leer (o a escuchar) y que por tanto no hay comprensión de un escrito que no dependa en alguna medida de su materialidad.

3. El estudio de las prácticas que se hacen cargo de esos objetos o formas, produciendo usos y significaciones diferenciadas.

El profesor Chartier relaciona la historia de los textos, la historia de las formas de comunicación y la historia de las prácticas culturales, comenzando por la lectura. Utilizando conceptos como “configuración”, “apropiación diferenciada”, “producción de sentido”, acuña el término de “historia cultural de lo social”, donde el concepto de “cultura” es entendido como un conjunto de prácticas y representaciones por las cuales el individuo forma el sentido de su existencia a partir de necesidades sociales concretas; prácticas y representaciones que llevan a superar al autor una serie de

[13] Chartier, Roger y Roche, Daniel. Le livre. Un changement de perspective. En *Faire de l’histoire* [Troisième partie. Nouveaux objets] (Dir.: J. Le Goff et P. Nora). París: Gallimard, 1974, p. 115-137. Sobre historiografía del libro (no se pretende aquí ofrecer un balance riguroso, sólo un panorama general), véanse algunos estados de la cuestión como los de Darnton, R. *Historia de la lectura*. En Burke, P (ed.). *Formas de hacer historia*. Madrid: Alianza, 2001, p. 189-220; Chartier, R. (Dir.). *Histoires de la lecture. Un bilan des recherches.*, París: IMEC Éditions et Éditions de la Maison de l’Homme, 1995 [La primera sección, bajo el título genérico de *Comparaciones* ofrece un balance historiográfico en distintos países: Italia, España, Alemania, los Países Bajos, Inglaterra, Estados Unidos y Rusia]; y Peña, Manuel. *Cataluña en el Renacimiento: libros y lenguas (Barcelona, 1473-1600)*. Lleida: Ed. Milenio, 1996 [Capítulo I: Los historiadores y el libro: La historiografía internacional sobre la historia del impreso y La historiografía española sobre imprenta y cultura del libro (siglo XVI)]. Para el caso de Hispanoamérica véase el Capítulo I (Los horizontes de una aventura historiográfica) de la obra de Carlos Alberto González Sánchez, *Los mundos del libro. Medios de difusión de la cultura occidental en las Indias de los siglos XVI y XVII*. Sevilla: Universidad y Diputación de Sevilla, 1999.

[14] Peña Díaz, Manuel. *El laberinto de los libros. Historia cultural de la Barcelona del Quinientos*. Madrid: Fundación Germán Sánchez Ruijérez-Pirámide, 1997, p. 33.

[15] Chartier, Roger. *El orden de los libros. Lectores, autores, bibliotecas en Europa entre los siglos XIV y XVIII* [Comunidades de lectores]. Barcelona: Gedisa, 1996, p. 24-30; y *El mundo como representación* [Introducción a una historia de las prácticas de la lectura en la era moderna, siglos XVI-XVIII]. Barcelona: Gedisa, 1995, p. 107-120.

dicotomías: el dualismo objetividad-subjetividad; la confrontación producción-consumo o la contraposición culto-popular^[16].

En este enfoque historiográfico sobre la práctica y usos de la lectura, abriendo nuevas perspectivas y utilizando nuevas fuentes, se sitúan los estudios de historiadores alemanes, ingleses, españoles y la abundante producción historiográfica italiana que, a fines de los años setenta, acuñó el término de *Historia de la Cultura Escrita* bajo la influencia de la “nueva paleografía”, un movimiento de renovación conceptual y metodológico en la disciplina paleográfica donde podemos situar a los profesores Armando Petrucci y Attilio Bartoli Langeli.

Para Petrucci, al identificar el ámbito de investigación en negativo, la “historia de la cultura escrita” no es la historia del libro o del documento; no es historia de los textos; no es historia de la cultura intelectual; no es historia de las culturas subalternas, ni tampoco, en sentido estricto, historia de la escritura o de las escrituras. Desde un método indiciario, de relevamiento y de análisis formal y comparativo de las características gráficas y materiales de los testimonios escritos, el paleógrafo italiano reivindica una disciplina que se configure como una auténtica historia de la cultura escrita y que se ocupe de la historia de la producción, de las características formales y de los usos sociales de la escritura y de los testimonios escritos en una sociedad determinada, independientemente de las técnicas y los materiales utilizados^[17].

En la historiografía española, Antonio Castillo Gómez, por su parte, con un método que puede aunar a cuantas disciplinas tengan como objeto el estudio de la escritura, propone la superación de

esa distinción convencional entre la historia de la escritura, por un lado, y la historia del libro y de la lectura, por otro, para hacerlas converger en un espacio común: el de la *Historia Social de la Cultura Escrita*, cuyo cometido sería el estudio de la producción, difusión, uso y conservación de los objetos escritos, cualquiera que sea su cronología, tipología documental o soporte material.

Para él, el momento actual de la Historia Social de la Cultura Escrita está determinado por tres conceptos: los discursos, las prácticas y las representaciones. Interesa preguntarse por^[18]:

1. Lo que la escritura ha supuesto para las distintas sociedades y, dentro de estas, para las diferentes clases sociales.
2. Las concretas maneras de escribir y de leer, y las prácticas a que éstas han dado lugar, desde la escritura oficial a la personal, desde la inscripción al diario, desde el manuscrito iluminado al libro de bolsillo, desde el códice al *e-book*, desde la lectura en alta voz a la silenciosa, desde la de gabinete a la de la plaza pública.
3. Las varias imágenes, artísticas y literarias, que cada sociedad ha elaborado de los productos escritos, ya que pueden reflejar una cierta realidad o bien una determinada mentalidad.

La importancia que la historia de la cultura escrita otorga a la materialidad de los objetos escritos (no tanto para describirlos técnicamente desde disciplinas como la paleografía o la diplomática, cuanto para desentrañar la relación que existe entre las

[16] García Cárcel, Ricardo. Prólogo a Chartier, Roger. *El orden de los libros...Op. cit.*, p. 10.

[17] Petrucci, Armando. *La ciencia de la escritura. Primera lección de paleografía*. México DF: Fondo de Cultura Económica, 2003, p. 7-9.

[18] Castillo Gómez, Antonio. Introducción (El tiempo de la cultura escrita) a *Historia de la cultura escrita. Del Próximo Oriente Antiguo a la sociedad informatizada*. Gijón: Ediciones Trea, 2002, p. 15-25. Véase también Castillo Gómez, Antonio y Sáez, Carlos. Paleografía versus alfabetización. Reflexiones sobre Historia Social de la Cultura Escrita. *Revista de Historia de la Cultura Escrita*, 1, Alcalá de Henares, 1994, p. 133-168.

estrategias materiales y las apropiaciones) es lo que singularizaría a la “historia de la cultura escrita” respecto a otras formas de hacer la historia, especialmente respecto a la historia cultural.

El término *Historia Social de la Cultura Escrita* es también utilizado por el profesor Francisco Gimeno Blay como el campo donde confluyen dos líneas de trabajo: el estudio de las “prácticas de escritura y las prácticas de lectura”, preconizado por el italiano Armando Petrucci, y el de la “historia cultural de lo social”, propuesto por el francés Roger Chartier^[19]. Para Gimeno Blay la escritura como objeto de estudio se inscribe dentro de un proyecto intelectual que supere los límites disciplinares de las denominadas ciencias auxiliares de la historia como la diplomática, la paleografía, la bibliotecología o la archivística.

Es el caso, como ejemplo reciente en países de la América hispana que continúan estas líneas de análisis, de los seis ensayos del argentino Alejandro E. Parada reunidos en el volumen titulado *Cuando los lectores nos susurran. Libros, lecturas, bibliotecas, sociedad y prácticas editoriales en la Argentina*. En su conjunto, así nos lo hace saber el propio autor, la obra, se enmarca teóricamente en las tendencias modernas de la historiografía sobre la lectura, inmersa en el terreno de la *Nueva Historia Cultural*, título del libro, ya clásico, editado y prologado por Lynn Hunt en 1989 y, posteriormente, influida por los aportes de autores como Peter Burke, Roger Chartier, Robert

Darnton, Carlo Ginzburg, D.F. McKenzie y Armando Petrucci.

La obra de Parada intenta rescatar la “difusa presencia” de los lectores argentinos en distintos momentos del siglo XIX y XX y nos advierte (es un rasgo común a la hora de afrontar estudios que tienen como objeto el libro o el impreso en general) de su dificultad y complejidad de estudio, pues las formas de llegar a la letra impresa “son polisemánticas, solapadas, abigarradas en textualidades semiocultas, disfrazadas en otras prácticas y, sobre todo, impregnadas por sutiles representaciones que tejen un conjunto de infinitas dificultades”^[20].

Desde las mismas perspectivas investigativas manifestadas por Chartier, que producen un cambio de orientación en el estudio del libro impreso del México de comienzos de este siglo XXI, hay que situar en este país los trabajos coordinados por Carmen Castañeda (*Del autor al lector: I. Historia del libro en México*, 2002; y *Lecturas y lectores en la historia de México*, 2004). México contaba ya con cierta tradición historiográfica dedicada al conocimiento de los libros, de las bibliotecas y de las imprentas del periodo novohispano y en ella encontramos autores como Manuel Romero de Terreros, Agustín Millares Carlo, Francisco Fernández del Castillo, Irving A. Leonard, M.B. Trens, Roberto Moreno de los Arcos, Miguel Mathes, Ignacio Osorio Romero, Ernesto de la Torre Villar, María Isabel Grañen Porrúa, Magdalena Magdalena Chocano Mena, Carmen Castañeda, o Clara Elena Suárez Argüello.

[19] Gimeno Blay, Francisco M. *De las ciencias auxiliares a la Historia de la Cultura Escrita* [Seminari Internacional d'Estudis sobre la Cultura Escrita]. València: Departament d'Història de l'Antiguitat de la Cultura Escrita. U.D. Paleografia. Universitat de València, 1999. Para Gimeno Blay la escritura como objeto de estudio se inscribe dentro de un proyecto intelectual que supere los límites disciplinares de las denominadas ciencias auxiliares de la historia como la diplomática, la paleografía o la archivística.

[20] Parada, Alejandro E. *Cuando los lectores nos susurran. Libros, lecturas, bibliotecas, sociedad y prácticas editoriales en la Argentina*. Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras (Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas). Universidad de Buenos Aires, 2007, p. 15-16. Sobre el interés reciente que ha despertado la *historia de la lectura*, desplazando a la historia del libro y de las bibliotecas, y sobre sus consideraciones como una disciplina “en palpitante construcción” (“su campo de estudio, indefinido; su terminología, cambiante; sus fronteras, móviles; y sus inagotable traslados, diagonales e interdisciplinarios, la definen desde el marco de una riqueza escurridiza, de complejo asedio”), véase del mismo autor “La historia de la lectura como laberinto y desmesura”. *Páginas de guarda*, n° 8, 2006, p. 89-100; y Una relectura del encuentro entre la Historia del libro y la Historia de la lectura (reflexiones desde la Bibliotecología/Ciencia de la Información. *Información, cultura y sociedad*, n° 23, jul.-dic., 2010, p. 1-14. Versión On-line ISSN 1851-1740.

A pesar de que el proceso acumulativo de recuperación de fuentes para el mayor conocimiento de la cultura escrita novohispana todavía sigue sin completarse satisfactoriamente, en la actualidad las categorías generales de la historia política, la historia social o la historia de las ideas, han dado lugar en México a temas más concretos de investigación donde se combinan los intereses de distintas disciplinas y se encuentran los libros de las bibliotecas coloniales (particulares o institucionales) como objeto de su estudio^[21].

Para el peruano Teodoro Hampe Martínez, la historia del libro en la Hispanoamérica colonial puede ser emprendida, al menos, desde tres perspectivas distintas^[22]:

1. Una perspectiva que analice los factores ideológicos del libro como reflejo de una determinada mentalidad en la sociedad colonial, la difusión de ideas o sus repercusiones en la construcción de determinados comportamientos sociales y políticos; el libro, en palabras de Febvre y Martin, “como fermento”.
2. Otra sería la mercantil, que estudiaría aspectos de la producción, el comercio y la circulación de libros, trazando rutas de distribución y analizando tanto el ámbito privado como el de las instituciones públicas y religiosas.
3. Y la tercera sería la tecnológica, interesada en el desarrollo de la tipografía. Estudiaría la materialidad

de lo que ya hoy consideramos “libro antiguo”. Una materialidad enmarcada en lo que François Géral (*Figures de la bibliothèque dans l’imaginaire espagnol du Siècle d’Or*) denomina las “representaciones imaginarias” de la biblioteca, que relacionan los libros con una construcción jerárquica de los saberes y una memoria colectiva.

El estado actual de las investigaciones manifiesta un predominio casi absoluto de la literatura de carácter religioso en las sociedades hispanizadas de los siglos XVI y XVII. Sociedades sacralizadas donde las manifestaciones de la vida humana estaban mediadas por la creencia religiosa. La religión dictaba las normas de convivencia y delimitaba las formas de relación con el poder. La formación del hábito de la lectura y de un público lector más amplio, por tanto, tiene orígenes religiosos entrelazados a factores jurídicos, sociales y económicos. El estudio de la sociedad colonial, sugiere Gutiérrez Girardot, será esencial no sólo para que una historia social de la literatura no sea fragmentaria, sino para comprender el surgimiento de una “nueva sociedad” en la europeización del Nuevo Mundo. La historia de la lectura, de la formación de un público lector, de la legislación sobre la imprenta y los libros, precisamente, permitirá esclarecer y comprender los mecanismos mediante los cuales se arraigó en esa ‘nueva sociedad’ una visión teológica del mundo que con rasgos del feudalismo europeo instituyó la estructura social y las formas de vida de Latinoamérica^[23].

[21] García, Idalia. El conocimiento histórico del libro y la biblioteca novohispanos. Representación de las fuentes originales. *Información, cultura y sociedad*, nº 17, 2007, p. 79. En este artículo completo puede verse un más amplio listado de obras y autores dedicados al mundo de los libros en la sociedad novohispana.

[22] Hampe Martínez, Teodoro. *Bibliotecas privadas en el mundo colonial. La difusión de libros e ideas en el virreinato del Perú (siglos XVI-XVII)*. Madrid: Vervuert-Frankfurt-Iberoamericana, 1996, p. 18-19.

[23] Gutiérrez Girardot, Rafael. *Temas y problemas de una historia social de la literatura hispanoamericana*. Bogotá: Ediciones Cave Canem, 1989, p. 32-33. Basado en una muestra de más de 2000 libros que en 1605 se embarcaron desde Sevilla hacia México y Perú, González Sánchez encuentra el siguiente reparto porcentual temático suficientemente representativo de los siglos XVI y XVII: Libros de ascética y mística (25'1%), teología (16'2), catecismos e instrumentos de adoctrinamiento (13'7), poesía y prosa de ficción (11), regulaciones eclesiásticas (10'8), hagiografías (4'8), materias profanas (4'5) y humanidades (3'1). González Sánchez, Carlos A. El libro y la carrera de indias: registro de ida de navíos. *Archivo hispalense: Revista Histórica, literaria y artística*, Tomo 72, nº 220, 1989, p. 93-104.

Guiado por el sociólogo del libro Guillermo Márquez Cruz, Genaro Luis García recoge sus propuestas de los años ochenta del siglo XX para llevar a cabo un estudio del libro que tenga en cuenta los siguientes elementos de análisis^[24]: el marco sociopolítico y jurídico, el marco económico, los mediadores y los receptores. En el ámbito hispanoamericano, la *Historia del libro en Chile. Desde la Colonia hasta el Bicentenario*, de Bernardo Subercaseaux, puede ser considerada como una obra que amalgama esos tres elementos propuestos^[25]. Es una historia del libro y de la industria editorial en Chile que intenta desvelar las complejas relaciones que se dieron entre el libro, la cultura y la sociedad chilena, concibiendo al libro como vehículo de pensamiento y de ideas (un bien cultural) y como producto material (objeto comerciable).

En el marco sociopolítico y jurídico propuesto por Márquez Cruz, habría que estudiar la influencia del sistema político e ideológico y su repercusión en el libro a través de la legislación que conlleva unas determinadas políticas culturales encauzadas y ejecutadas por ciertos organismos institucionalizados.

En el marco económico habría que detenerse en los autores y su nivel de profesionalización en relación con el concepto de derechos de autor, en el entramado editorial, en los cambios tecnológicos de la edición del libro, en los aspectos comerciales y jurídicos de la imprenta, en la influencia de los impresores extranjeros y en el estudio de los propios contenidos que se escriben, se publican y se conservan y difunden en las bibliotecas.

En cuanto a los mediadores habría que analizar a los distribuidores y librerías, las formas cambiantes de la distribución: los fascículos y la venta por entregas, los libros de bolsillo, las colecciones adecuadas a públicos concretos, la venta en kioscos, etc.; y por otro lado, las bibliotecas y los bibliotecarios, la regulación de un sistema bibliotecario, su estatus y formación.

Y en relación a los receptores de libros, sus lectores, se podrían analizar sus niveles de alfabetización y las motivaciones para leer: aprendizaje, medio de ejercer una profesión, placer, costumbre, estatus social, etc.

La mayor parte de los estudios se centra en alguna o algunas de estas cuestiones concretas, pero, realmente, para analizar la significación del libro o el impreso en general en una determinada sociedad y época, habría que estudiar la alfabetización, la industria editorial, el comercio librero, la posesión del libro, los tipos de lectores y el autor; o sea, los cuatro grandes grupos propuestos por Márquez Cruz (sociopolítico y jurídico, económico, mediadores y receptores) que están relacionados entre sí y se modifican con los cambios que se producen en cada uno de ellos, en un movimiento de readaptación continuo.

Renán Silva traslada el interrogante propuesto por Chartier para los sociedades del Antiguo Régimen al Nuevo Reino de Granada (¿de qué modo en la sociedad colonial, entre los siglos XVI y XVIII, la circulación multiplicada de lo escrito impreso transformó las formas de sociabilidad, posibilitó nuevos pensamientos y modificó las relaciones con el poder?) y dibuja un panorama general del

[24] García López, Genaro Luis. Las investigaciones sobre el libro y las bibliotecas desde un punto de vista histórico, sociológico y educativo. En *Litterae. Cuadernos sobre Cultura Escrita*, 3-4 (2003-04), p. 259-263. Cf. Márquez Cruz, Guillermo. Sociología del libro y de la lectura: la comunicación cultural en Andalucía. Primera parte: Metodología, *Boletín de la Asociación Andaluza de Bibliotecarios*, 4, 10 (enero-marzo 1988), p. 5-19, p. 9 y ss. A su vez, Márquez Cruz sigue el modelo propuesto por Robert Estivals (*Le livre dans le monde, 1971-1981. Introduction à la bibliologie politique internationale*. París: Retz, 1983 y "Creation, consommation et production intellectuelles", en *Le littéraire et le social. Eléments pour une sociologie de la littérature*, ed. Robert Escarpit, París: UNESCO, 1982, p. 129-164).

[25] Subercaseaux, Bernardo. *Historia del libro en Chile. Desde la Colonia hasta el Bicentenario* [Tercera edición corregida, aumentada e ilustrada]. Santiago de Chile: LOM Ediciones, 2010.



comercio y circulación del libro en la sociedad colonial a la vez que estudia algunos casos representativos de bibliotecas y lecturas de miembros de la élite cultural ilustrada de finales del siglo XVIII y principios del XIX^[26].

Advierte de ser su análisis un “cuadro general”, “aproximativo” o “parcial” por dos principales razones: la dificultad intrínseca del “libro” o el “impreso” como objeto de estudio y el estado “bruto” en que permanecen las fuentes que, a pesar de ser numerosas, todavía no se han investigado, careciendo de análisis preliminares y de indicadores cuantitativos que permitan un acercamiento al estudio de la presencia y funciones del impreso en la sociedad colonial neogranadina desde los enfoques aquí propuestos.

La cuantificación en la historia del libro, por tanto, se hace todavía imprescindible en Colombia, pues el retraso de las investigaciones, sobre todo en relación con México y Perú, donde la circulación del libro respecto a otros virreinos fue mayor, es evidente; aun siendo todavía el “libro antiguo” en estos dos últimos países un elemento cultural del periodo colonial que todavía no ha logrado consolidarse como un campo propio de conocimiento.

De allí [escribe Chartier para referirse a los historiadores del libro en Francia] la construcción (totalmente necesaria por lo demás) de indicadores capaces de revelar las distancias culturales: así, para un lugar y un tiempo dados, el porcentaje de inventarios póstumos que mencionaban la posesión de libros, la clasificación de las colecciones según el número de obras o incluso la caracterización temática de las bibliotecas privadas en función de la participación que en ellas tenían las diferentes categorías bibliográficas. Desde esta perspectiva, reconocer las lecturas de los franceses de los siglos XVI a XVIII era, ante todo, constituir series de datos cifrados, establecer los umbrales cuantitativos, situar las traducciones culturales de las diferencias sociales. El procedimiento, colectivamente asumido, ha acumulado un saber sin el cual habría sido impensable la posibilidad de formularse otras preguntas^[27].

La tardía formación de Nueva Granada como Virreinato (hasta 1717 no se dio la orden para su creación) y la tardía aparición, con un funcionamiento regular, de la imprenta en él (fines del siglo XVIII) son hechos que acentuaron sus diferencias con los virreinos de México y Perú en cuanto a la variedad y el volumen de libros en circulación. Para mitad del siglo XVII, las capitales de México y Lima ya habían alcanzado las características pro-

[26] Silva, Renán. *Los ilustrados de Nueva Granada, 1760-1808. Genealogía de una comunidad de interpretación*. Medellín: EAFIT, 2008, p. 229-361. Las observaciones contenidas en artículos suyos sobre “el comercio del libro en la Ilustración neogranadina” o “las prácticas de la lectura, ámbitos privados y formulación de un espacio público moderno” pueden leerse en esta obra.

[27] Chartier, Roger. *El orden de los libros...*, p. 27 y *El mundo como representación...*, p. 109.



pías de un gran centro cultural, contando con universidad, imprenta y un buen número de clérigos, funcionarios y profesionales que promocionaban el mercado de lecturas en la ciudad. Con unas fechas aproximadas esta es una relación cronológica de la introducción de la imprenta en algunas ciudades americanas: México (1535), Lima (1581), Manila (1593), Guatemala (1660), Cambridge (1638), La Habana (1724), Bogotá (1777), Quito (1760), Buenos Aires (1780) y Santiago de Chile (1780)^[28]. México obtuvo permiso para imprimir libros y establecer bibliotecas académicas bastante temprano, pero el desarrollo intelectual en el Perú resultó frenado por los desórdenes de las guerras civiles de los conquistadores y las campañas de represión

originadas en el Concilio de Trento (1545-1563). Las instituciones educativas en Perú sólo contaron con apoyo después de que las normas religiosas e ideológicas de la Contrarreforma se hubieran establecido con firmeza^[29].

A estas diferencias contrastadas, contra la circulación del libro y su difusión en esta época (los controles inquisitoriales siempre fueron laxos), el profesor Silva apunta cautelosamente la gran barrera del “analfabetismo de los grupos mayoritarios de la sociedad”, donde estaban incluidos muchos de los españoles nacidos en el Nuevo Reino. Si a mitad del siglo XVI, señala Jorge O. Melo a manera de hipótesis, aproximadamente la tercera parte de los conquistadores sabía leer y escribir, para fines de siglo, estos porcentajes pudieron disminuir. Los conquistadores se habían formado en España, mientras que ya a fines de siglo, numerosa población española nace en una sociedad de frontera donde hay urgencias mayores que la del aprendizaje formal. Esta disminución del alfabetismo correría paralela a una disminución del carácter urbano de la población, que “va concentrando el saber formal únicamente en el clérigo, y en ocasiones en el abogado”, marcando así a la sociedad colonial que, “junto con el creciente aislamiento cultural de España, mantendrá al Nuevo Reino por fuera de las corrientes científicas de la Europa moderna”^[30].

A mediados del siglo XVII la incipiente cultura neogranadina (religiosa, escolástica y filológica) se concentraba en la ciudad de Santafé de Bogotá, que apenas comenzaba su desarrollo urbano. De

[28] Medina, José Toribio. *La imprenta en Bogotá y la Inquisición en Cartagena de Indias*. Bogotá: Biblioteca Nacional de Colombia, 1952, p. 9-20; Torre Revello, José. *El libro, la imprenta y el periodismo en América durante la dominación española* [Capítulo Cuarto: La introducción de la imprenta en América, p. 138-159]. México DF: Universidad Nacional Autónoma de México, 1991 [Primera ed. facsimilar de la de 1940 en Buenos Aires: Talleres S.A. Casa Jacobo Peuser, Ltda.]; y Martínez, José Luis. *El libro en Hispanoamérica. Origen y desarrollo*. Madrid: Fundación Germán Sánchez Ruipérez-Pirámide, 1987, p. 25-29.

[29] Hampe Martínez, Teodoro. *Op. cit.*, p. 15.

[30] Melo, Jorge Orlando. La cultura durante el periodo colonial. En Friede, Juan, Jaramillo Uribe, Jaime, Melo, Jorge Orlando y Recasens, José de. *Cultura colombiana. Contribuciones al estudio de su formación*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 1986, p. 51.



acuerdo a sus intereses, serán la Iglesia y las órdenes religiosas quienes mayoritariamente pongan en circulación el libro y vayan formando con él sus bibliotecas en una ciudad que por aquel entonces, recuerda Jaramillo Uribe al retomar la crónica de Lucas Fernández Piedrahita (*Historia General del Nuevo Reino de Granada*), contaba con tres mil vecinos (españoles y criollos), cerca de diez mil indios, una nutrida burocracia, tres colegios donde el estudiantado era poco dado al estudio de la medicina y las leyes, como sí sucedía en Lima y en México, y mucho a la sagrada teología, la filosofía y las letras humanas; una catedral y más de doscientas ermitas, capillas y oratorios que demuestran el religioso afecto de sus moradores^[31].

Sin olvidar que la difusión de la cultura no se restringía únicamente a los libros (pensemos en las tertulias donde se leían en alta voz pasajes novelescos o en la instrucción de quienes no sabían leer a base de refranes, cuentos, coplas, romances o canciones), Máxime Chevalier ya habló del alfabetismo en la España de los siglos XVI y XVII (un 80% de la población: aldeanos y un enorme porcentaje de artesanos) como del gran problema que impedía a la mayoría de la población acceder directamente a la cultura libresca. El elevado

costo del papel y de los libros limitaba igualmente a sectores capacitados para leer y escribir como artesanos, hidalgos, funcionarios de medio rango y sacerdotes comunes. Los coleccionistas y lectores de obras se reducían a una élite representada por miembros del alto clero, de la nobleza, los letrados y catedráticos y los ricos mercaderes^[32].

Pero aun siendo notablemente menor la circulación del libro en la Nueva Granada que en México y Perú, las fuentes documentales que permitan rastrear su presencia y sus implicaciones políticas, sociales y culturales, son, en todos los casos, numerosas. En una simple enumeración podrían citarse las listas de embarque que registraba la Casa de la Contratación, las listas de propiedades confiscadas por la Inquisición, inventarios o catálogos de tiendas y mercaderes de libros, los inventarios post mortem (IPM) y testamentos de particulares, los inventarios o catálogos de bibliotecas académicas y de comunidades religiosas, informes, ordenanzas y programas de estudio de universidades y colegios, actas de exámenes, grados y oposiciones a cátedras y curatos, relaciones de méritos y servicios personales, expedientes de confiscaciones y subastas, expedientes de compra-venta, listas de suscriptores de prensa o suscriptores a proyectos

[31] Jaramillo Uribe, Jaime. *La personalidad histórica de Colombia y otros ensayos* [Tres etapas de la historia intelectual de Colombia]. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 1977, p. 107-108.

[32] Chevalier, Máxime. *Lectura y lectores en la España de los siglos XVI y XVII*. Madrid: Turner, 1976, p. 19-24.

de edición de libros, correspondencia institucional y privada, expedientes de autos de bienes de difuntos, repertorios internacionales de la época de obras de autores clásicos, textos litúrgicos, jurídicos, etc., publicaciones de avisos y noticias, repertorios bibliográficos de apoyo a la identificación de obras de la época (Palau, Medina, Adams, British Museum, Sabin, Simón y Aguilar, etc.), la legislación, los catálogos de bibliotecas privadas y públicas actuales (universitarias o religiosas), donde, en muchas ocasiones, ha venido a parar el “libro antiguo”; tratados de poética y retórica, las mismas obras literarias y los estudios histórico-críticos de las mismas, autobiografías, historias de la literatura, relaciones de fiestas y regocijos públicos, etc. Documentación, en definitiva, que ha de proporcionar, en sucesivas investigaciones sistemáticas y en un amplio marco geográfico, una visión mucho más auténtica sobre el influjo que ejerció la divulgación de libros e ideas europeos en el desarrollo social y cultural de Nueva Granada y toda la América hispana.

La mayoría de los investigadores dedicados a estudios relacionados con el mundo de los libros, se ven obligados a comentar las variadas y complejas dificultades teóricas y prácticas que presenta el estudio de las fuentes documentales, pues las pro-

puestas metodológicas están condicionadas por la documentación y sus índices de representatividad como fuente^[33]. Dificultades, entre otras, que pasan por cómo medir realmente la importancia del préstamo del libro o la utilización real que se hacía de las bibliotecas, la no aparición de algunos catálogos en los protocolos notariales de bibliotecas realmente existentes, el reflejo fiel o no de listados de libros en los inventarios post mortem o el problema de la identificación de las obras y su exacta cuantificación.

La cuantificación, en cualquier caso, es necesaria como paso previo, pero obviamente, insuficiente, para analizar el complejo mundo de las prácticas de las lecturas, por ello es “más que razonable no olvidar que libro poseído no implica libro leído ni la lectura presupone la obligación de poseer el libro, y que es imprescindible (cuando las fuentes lo permiten) primar el estudio de la circulación sobre la posesión del impreso cuantificable, o el de la sociabilidad de la lectura frente a la posesión privada del libro”^[34].

[33] Lamarca Langa, Genaro. *La cultura del libro en la época de la ilustración. Valencia, 1740-1808*. Valencia: Edicions Alfons el Magnànim-Institució Valenciana d'Estudis i Investigació, 1994, p. 17-26. Como ejemplo puede verse en este sentido el Capítulo 1 (Las bibliotecas particulares en el siglo de oro: sus fuentes, su formación y su función) de Dadson, Trevor J. *Libros, lectores y lecturas. Estudios sobre bibliotecas particulares españolas del Siglo de Oro*. Madrid: Arco/Libros, 1998, p. 13-48.

[34] Peña Díaz, Manuel. *Op. cit.*, p. 33: “Asimismo, es evidente que la tipología de lecturas es múltiple y no se puede reducir a la lectura de los libros. Leer es descifrar todo material impreso, donde ocupan un destacado lugar todos aquellos impresos menores que tuvieron una gran difusión, como las estampas”.

PHILIPVS IV.
MAGNVS HISPANIARVM ET NOVI ORBIS
REX.

PERPETVITAS

REGINA

PERVVM

MAGISTRA

PRVDENTIA

LITERARVM

FIDES CATHOLICA

FIDES REGIA

AMOR REGIS

AMOR POPVLI

